

## GLORIA Y DESEO AL FINALIZAR EL UNIVERSO

*"Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada..."*

Carlos Pezoa Véliz.

ÉL ERA UNA DE ÉSOS cuyo principal orgullo consiste en que se les considere personas serviciales. Es gente querida en las empresas o más bien "estimadas". A muchos llegan a considerarlos imprescindibles y les dan algún premio ridículo en la fiesta de fin de año. "Un estímulo" lo llaman.

Así era él, siempre atento, siempre dispuesto. A cada orden o pedido contestaba sin variaciones como responden los servidores negros



a los exploradores blancos: "sí buana". Era divertido, lo decía como ironía o tal vez a modo de genuina deferencia, no es eso algo para lo que haya certeza, pero lo cierto es que debido a esa costumbre suya, lindante en el servilismo, aquellos a quienes atendía le pusieron por sobrenombre "buana". No era extraño eso, en esa empresa a todos los que realizaban servicios menores se les conocía por un apodo o por al menos un diminutivo. Había por eso "luchitos" y "juanitos" de cincuenta y sesenta, también durancitos de treinta. Buana jamás pareció molesto con ese sobrenombre suyo, todo lo contrario.

Ella era una de esas secretarias bonitas que cuidan muy bien su apariencia, zapatos de taco alto, falda cortita, medias caladas, en fin. Pero no sólo eso, ella era además cuidadosa y eficiente en su trabajo por lo que estaba bastante bien conceptuada por los jefes y envidiada por sus colegas, situación que lógicamente alimentaba sus perspectivas que eran por lo demás legítimas. Ambiciosa como era aunque en buenos términos, había conseguido que cambiaran su designación en el organigrama y la llamaran "asistente", secretaria era un cargo que consideraba vulgar. Interesante mujer, había confidenciado a sus amigas que deseaba tener algo con algún gerente aunque no fuera uno de los principales, preferiría que ése que enamorara fuera un soltero, pero de ser casado no tenía mucha importancia porque ella confiaba en superar esa dificultad. No era extraño esto tampoco, porque había varias que querían y pensaban cosas parecidas.

Ésa era ella, ése era él, y él la deseaba como un loco, pero qué le puede ofrecer un junior de cuarenta a una asistente así exquisita que aún no cumple veintinueve. Triste realidad para ése que la deseaba tanto. Coincidió en el ascensor esa mañana del día veintiuno de diciembre. Buana bajaba al subterráneo llevando unos trastos y cosas en desuso, ella subía al noveno a dejar documentos para la reunión de la gerencia. En su rostro se dibujaba una sonrisa esperanzada, tal vez sería la ocasión en que alguno de los que ahí participaban pudiera notar a la hembra que vivía en ese cuerpo fructuoso.

Buana le quiso dar preferencia para que el ascensor subiera y ella cumpliera su labor de manera más expedita, es lo que hace un caballero. Detuvo el ascensor que ya descendía y apretó el botón que lo condujo a los altos. Él tenía más encargos pero podrían esperar, por último sería grato prolongar esa cercanía que estremecía su existencia. Desafortunadamente, tras ascender por algunos pisos, el ascensor se detuvo tal vez en el sexto o el séptimo y, a pesar de que accionaron todos los botones, la jaula metálica no abrió sus puertas ni quiso volver a moverse.

Buana trató de calmarla porque ella, a pesar de que era algo a lo que no le había dado importancia, recordó que entre sus lecturas durante esos largos viajes de la casa al trabajo, había leído que ese veintiuno de diciembre era la fecha que los sacerdotes del pueblo Maya habían vaticinado como el día cuando se acabaría el universo para ser cambiado por otro más humano o tal vez menos inhumano. Parecía broma, pero no, había muchos que decían que esta vez sí era cierto. Sintió por eso una puntada de angustia en el vientre y, a pesar de los esfuerzos que el hombre hizo por convencerla de que nada pasaba y que pronto serían rescatados, esa puntada se hizo más aguda convirtiendo la angustia en pánico, el pánico cundió aún más mientras ese junior que la deseaba desde hacía tanto tiempo intentaba llamar por el citófono y por el celular sin obtener respuesta alguna.

“Alguien tendrá que oírnos, todo va a estar bien”, le decía Buana a la bella asistente tratando de calmarla, pero en vez de eso, tras un rápido parpadear, las luces se fueron a cero y los celulares perdieron sus señales. Y qué más podían hacer. Ella entonces, ante la evidencia de que el universo hasta allí no más llegaba, buscó refugio entre los brazos fuertes de ese hombre fuerte y servicial. Lo hizo primero como las hijas lo hacen con los padres, pero después, al sentir el contacto tibio y el palpitar del corazón del que la acompañaría a la otra vida, esa hija pequeña se fue convirtiendo en mujer y, en una expresión de hembra desesperada, estrechó aún más su abrazo y su contacto, y ese contacto tomó un atajo sabio que los llevó rápido a la meta del deseo. Mientras las ropas iban quedando abandonadas y se confundían con los trastos y los documentos que la asistente iba a entregar esperanzada, tal vez como una manera de reivindicarse, ella le confesó al oído que él nunca le había sido indiferente.

Entre esos preámbulos sabrosos que el amor sabe brindarnos, sintieron que subían a los cielos. Subían y subían mientras el amor se concretaba y trompetas victoriosas hacían eco en ése, el hipotético ascensor del fin del mundo.

Fue cuando volvió la luz y las puertas se abrieron. Y allí estaban: en el noveno piso frente al director y la alta gerencia. En esos rostros serios, más que desaprobación había envidia. Y qué les podían decir, nadie dijo nada, nadie dijo nada...